

Detengan el asesinato de choferes

28 asesinatos de pilotos en tres meses.

Por: Gustavo Berganza

En la tarde del sábado, Vidal Alberto Hernández, piloto de la ruta que se inicia en la aldea El Porvenir, Villa Canales, luego de tomar su refacción, se enfilaba hacia el bus que conduce, cuando dos hombres jóvenes le exigieron el pago de Q100.

En otras circunstancias, Hernández tal vez no se habría negado, pero en esa oportunidad decidió ignorar la extorsión. Sus interlocutores le dispararon por la espalda, a quemarropa, liquidando una existencia que había de capear exitosamente los peligros de la que es hoy, sin lugar a dudas, una de las áreas metropolitanas más peligrosas del continente, y después de haber tenido la ocupación también más riesgosa que existe en Guatemala.

Según Nuestro Diario, hasta el sábado pasado se habían producido 28 asesinatos de pilotos en el año. Las cifras confirman la impotencia del aparato de seguridad pública para resguardar la vida de un sector importante para la vida nacional, del cual depende el funcionamiento de la economía y del Estado. Al menos el 80 por ciento de la población del municipio de Guatemala y sus zonas de influencia, depende del trabajo de estos ciudadanos que mueren todos los días en el cumplimiento de su deber. Y sin que para ellos haya condecoraciones póstumas, velatorios en recintos públicos notables ni servicios religiosos presididos por obispos o mega predicadores. Ellos sólo reciben el llanto de sus parejas y sus hijos, quienes aparte del dolor de perder a un ser querido central en sus vidas, deben afrontar la pérdida de la fuente de ingresos primordial para esa familia.

Ser piloto de autobuses no exige educación formal ni experiencia de trabajo. Quienes optan a esta ocupación apenas cuentan con alguna escolaridad primaria. Gran parte comenzó como brocha y luego, cuando aprendieron a conducir, ascendieron a pilotos. Sus condiciones de trabajo son increíblemente duras: jornadas de 12 a 14 horas, 6 e incluso 7 días a la semana. Sin lugares adecuados para detenerse a almorzar o para aliviar sus esfínteres. Y luego con la tensión constante que impone tener que juntar la cuota para pagar al propietario de buses, vigilar al brocha en quien no confían y soportar las condiciones que generan autobuses con precario mantenimiento y el infernal tránsito. Sin mayor educación formal, sin entrenamiento especializado para la delicada labor que realizan y en las condiciones en que laboran, son explicables, aunque no necesariamente justificables, los abusos que cometen con los pasajeros y su manera tan imprudente de conducir.

El sistema debe cambiar no sólo para erradicar los incentivos que hacen un blanco fácil de extorsión a pilotos, brochas e incluso empresarios; sino también para evitar este sangramiento que enluta y empobrece aún más a centenares de familias.